

La biblioteca global

ANTONIO PAPELL

La compañía Google, propietaria del más popular buscador de internet –tras desplazar a otros como Yahoo, Lycos, Excite, HotBot, etc., que le abrieron camino– y una de las empresas con más alta cotización bursátil en el sector informático, ha emprendido un vasto proyecto cultural que, de materializarse plenamente, podría cambiar por completo el sentido y el alcance de las grandes fuentes de conocimiento: una biblioteca virtual que ofrezca en red todo el acervo bibliográfico acumulado en las bibliotecas de todo el mundo. Una especie de Biblioteca de Alejandría, comprensiva de todo el saber humano, al alcance de todos instantáneamente. En primera instancia, ha comenzado la digitalización de las colecciones de cinco grandes bibliotecas de Estados Unidos y del Reino Unido: las de las universidades de Harvard, Stanford, Michigan y Oxford, así como la Biblioteca Pública de Nueva York.

En un primer análisis, el proyecto parece admirable, por lo que lo natural sería que la iniciativa encontrase el apoyo incondicional y vehemente de todos los agentes de cultura, de todas las instituciones relacionadas con la inteligencia, de los gobiernos empeñados en impulsar la modernización y, en el mejor sentido, la globalización que marca el signo de nuestro tiempo. Sin embargo, la respuesta a los audaces empresarios que han tenido la idea ha sido

bien distinta: el proyecto, que es una mezcla de utopía y de osadía mercantil, ha tropezado en primera instancia con un grave problema: los derechos de autor. Las asociaciones de editoriales –y, en concreto, la Asociación de Editoriales de Estados Unidos (AAP) que agrupa a unas trescientas de ellas– han puesto el grito en el cielo ante la violación del *copyright*. Aunque está por ver que la inclusión de obras en la biblioteca virtual afecte de manera sensible a su explotación comercial, la protesta está fundada: es obvio que los creadores culturales –ya sean escritores, músicos, etc.– tienen perfecto derecho a recibir una remuneración por su trabajo, de acuerdo con la demanda que susciten en el propio mercado.

Google ha atendido a razones y ha aplazado a noviembre la reproducción digital de los libros sujetos a *copyright*, aunque ha seguido escaneando los anteriores a 1923, cuyos derechos ya han caducado en EE UU. Y ha ofrecido a los editores una fórmula intermedia: no reproducirá en red los libros con *copyright* vigente; se limitará a incluir en la biblioteca virtual un breve resumen de ellos y unos enlaces a webs de librerías también virtuales donde podrían ser adquiridos. Pero tampoco la AAP ha aceptado la propuesta: su presidente, Pat Schroeder, se ha negado porque «esto no es una ONG sin afán de lucro, es un estúpido negocio para ellos». Efectivamente, Google podría –legi-

timamente– beneficiarse de esta comercialización y de la consiguiente publicidad. ¿Pero por qué deben considerarse incompatibles la cultura y el mercado?

Europa, subyugada por la idea de Google (aunque la ha criticado por su monolingüismo, como si los norteamericanos tuvieran la obligación de velar por las lenguas europeas), ha decidido adoptarla, pero lo ha hecho a su manera: el proyecto ha caí-

Estremece que la única biblioteca global sea de Estados Unidos y en inglés

do en manos públicas, lo que quiere decir que está a punto de naufragar en el territorio de las buenas intenciones. Francia se ha puesto al frente de la iniciativa y de momento ha solicitado apoyo de Alemania, España, Italia, Polonia y Hungría. El ministro de Cultura francés ha recomendado piadosamente a Google que emprenda «un diálogo con los editores». Se ha creado un proyecto piloto en la Biblioteca Nacional de Francia y tendrá lugar una primera reunión internacional el próximo día 30 de este mismo mes, con vistas a tener a punto un

libro blanco en diciembre. La Comisión Europea ya ha anunciado su aportación: sesenta millones de euros, a pesar de que no tiene competencias en materia cultural. Una veintena de bibliotecas nacionales han mostrado su interés por el proyecto, pero de momento la única biblioteca virtual accesible es la versión *beta* de la de Google, que incluye por cierto innumerables obras sobre Europa, escritas, naturalmente, por norteamericanos.

La *batalla* entre Europa y Estados Unidos no es sólo de prestigio: produce estremecimientos la sola idea de que la única biblioteca global sea norteamericana y en inglés; no por algún recelo infundado sino porque la propia idea de globalización requiere conceptos de mestizaje, de coexistencia cooperativa de lenguas y culturas diversas, de convergencia de todos los enfoques intelectuales. Por lo que lo natural sería que la propuesta norteamericana y la europea pusieran en común sus esfuerzos, algo que en modo alguno debería resultar imposible por el hecho de que un proyecto sea público y el otro privado. El propio concepto, la puesta en red del acervo cultural global, debería descartar cualquier idea de confrontación o rivalidad. Pero es improbable que Europa, todavía cuarteada por muchos nacionalismos fragmentados y presa de inagotables afanes intervencionistas, llegue a esta constructiva conclusión.